
1984, SEÑAS DE LEVIATÁN

Carlos Moya

análisis y debate



3

Avanzado el otoño, el año entra en su recta final. Se acaba 1984, se disuelve la insidiosa pesadilla de su cifra: la feroz sátira de Orwell sobre su propio tiempo deviene metáfora negativa iluminando críticamente el discreto encanto y singular ferocidad de nuestros propios días (a cada cual según le toque). Tras el debate sobre el estado de la Nación, las discusiones sobre la NATO apuntan hacia un cierto consensus parlamentario. Las reuniones de Contadora ponen una nota de esperanza sobre el volcán centroamericano. Tal vez sea este el momento y el lugar oportuno para publicar la extemporánea crónica que escribí sobre el final de mayo y comienzos de junio. Desde entonces hasta aquí la acumulación de nuevas noticias refuerza la objetiva plausibilidad del escenario allí dibujado.

El treinta de mayo, un mágico eclipse solar anuncia la intensidad lunática de esta primavera. La luna sigue siendo Tanit, faz de Baal y Astarté/Cibeles sobre las tierras y las gentes de este viejo reino consagrado a María Santísima. Pluviosa fertilidad sobre todos,

bélica intensidad allí donde toca, algún que otro muerto sobre nuestro pacificado laberinto y democracia. Desde San Isidro hasta aquí, las noches de Madrid se llenan de azarosas fiestas: en «Morasol», Gurruchaga/Mondragón disuelve los fantasmas de la III Guerra Mundial en un encantador conjuro de cabaret rockero. Chicho canta en «La Piel». Bajo el inquietante signo de Orwell, la primavera 1984 danza una gélida canción: La NATO es la PAZ. «Nos encontraremos en el sitio donde no hay oscuridad, le había dicho O'Brien en el sueño, Winston sabía lo que esto significaba, o se figuraba saberlo... Con la voz de la telepantalla zumbándole en los oídos no podía pensar con ilación».

La implacable lógica estereofónica de Big Brother —en sus multiplicados rostros televisables— nos asegura frente a todo riesgo: la NATO es la PAZ. El tam-tam de los Ancianos de la tribu convoca pánicas marchas juveniles e insidiosas angustias en sus respetables mayores. De este lado del Imperio Uno, la OTAN guarda su interna paz; en el otro se llama Pacto de Varsovia. Fuera, acecha la guerra. Hace muchos años que el paraguas nuclear USA/NATO nos protege de los demonios exteriores de la guerra. Sobre los dos lados del telón de Yalta rige el principio de soberanía nacional limitada a la interna articulación militar del esquizoide binomio imperial USA/URSS: Imperio Uno de la Democracia industrial de masas.

Desde Alaska, con amor, nos sonríen Reagan y Wojtyla: oraciones y misa para un planeta en congelante primavera. La visita de Juan Carlos a Moscú, las esforzadas declaraciones del Presidente, las olimpiadas de Samaranch, nos lo ponen bien claro. Desde Moscú, con cariño, Chernenko y Gromyko aprueban la integración española en la Alianza Atlántica. Mitterrand tiene muchísima prisa por la integración comunitaria; Kohl por la Bundes Republik y Pertini —República Italiana— se apresuran a remachar sobre Madrid la sustantiva identidad Mercado Común/NATO. La NATO es la PAZ.

Sobre el hemisferio norte del Imperio Uno, la gélida sonrisa de Big Brother 1984 nos asegura contra el miedo. En el planetario espacio interior de los occidentales —a uno y a otro lado de Yalta y de Hiroshima— reina la paz eterna, congelada en paranoide ajedrez de misiles. Desde Alaska y Leningrado hasta Centroamérica, el golfo Pérsico y el Mediterráneo libio-fenicio, el frío sol polar se hace cálida sangre: Honduras, Nicaragua, El Salvador, Líbano, Trípoli. ¿Y qué decir de Irán/Irak/Afganistán? ¿Dónde encontrar los huesos de Palestina, mil quinientos años anterior a Massadá?

Dioses, guerras, imperios

El mismo sol que en Delos fue Dionyssos y Kiwich Kakmó en Yucatán, es el arrasador fuego de ahora sobre las viejas tierras de Seth y de Istar, de Hunab Ku, Cipattonal y Tamagastad. «Cuando tenemos guerra es para darles de comer a los dioses la sangre de los nuestros», «Para que el sol alumbrase era necesario que comiese corazones y bebiese sangre, y para ellos hicieron la guerra. Y porque todos los dioses lo quisieron así, hicieron la guerra». Sobre la desvanecida memoria de los viejos dioses, la universalizada gloria del Unico: aquel que sucesivamente se dijo y se dice YHWH, Alah, Deus sabaoth. Sobre la vieja caldera mediterránea de la Historia universal de los occidentales, la mundializada historia de ahora mismo manifiesta la omnipresente actualidad y poder de la trinitaria revelación del Unico sobre los encontrados pueblos del Libro. Sobre la inmediata secularización de la Democracia industrial de masas, sobre su amnésica actualidad estereofónica, la emergencia icónica de aquellos rostros que dicen la perdurable consistencia del monoteísmo, su sucesiva y explosiva cismogénesis.

Frente al carisma religioso de Jomeini —Imán chiita de la revolución nacional en el Islam—, frente a la efervescencia revolucionaria de Latinoamérica, la presidencia impe-

rial USA requiere la católica «auctoritas» del Papa de Roma. Desde Tel-Aviv a Jerusalem, la paranoide violencia expansiva de Israel repite la magia terrible de su sagrado nombre: Israel es «el Dios que lucha con su propio pueblo».

YHWH, Alah, Deus sabbaoth: sucesiva revelación y trinitaria metamorfosis del olvidado Atón, poética culminación solar del Imperio egipcio. «Inmortales mortales, mortales inmortales» (Heráclito, 61). El «eterno retorno» de los nombres divinos manifiesta la multiplicada omnipresencia del Uno entretejiendo de Historia universal la actualidad mortal de los humanos, con el «himno al Sol» de Akenaton (1370 antes de Cristo) asistimos a la originaria epifanía del Unico. «¡Tus rayos abarcan las tierras hasta el límite de cuanto hiciste...! ¡Oh, Dios único, que no tienes par! Tú creaste el mundo según tu deseo, en soledad... Tú eres el tiempo de la vida en ti mismo». Sobre la tierra del Nilo, el rapto iluminado de Faraón se hace revolución religiosa para consumirse con su propia muerte. Desde Tutankamon hasta Horemheb, la acelerada restauración de los viejos dioses concluye con la imperial exclusión del excluyente Unico. General con Akenaton, Horemheb ha sido el brazo armado de sus inmediatos sucesores; la divina presencia de Horus y Amon le consagrará Faraón a la muerte de Ai, última y efímera reliquia sacerdotal de Aton. La eternidad de Horus/Ra restaura la eternidad del Imperio frente a su interna degradación, acechada por la agobiante amenaza hitita.

La revolución de Akenaton se desvanece en la sucesiva eternidad de Egipto; su «himno al sol» se seguirá repitiendo, para siempre, en el salmo 104 de la Torah. «Tomas por mensajeros a los vientos, a las llamas del fuego por ministros.../ A tu voz de trueno emprenden la huida, / se precipitan montaña abajo... / Leviatán que tu formaste para jugar con él.» Sobre la mágica armonía solar de Aton, la gloria terrible de YHWH, las tablas de Su Ley, la invención mosaica de Su Escritura. «Yo que soy el Es, el Fue y el Será, / vuelvo a condescender al lenguaje, / que es tiempo sucesivo y emblema» (Juan, I, 14; Borges). Entre el poema egipcio y el salmo bíblico, la zarza ardiente, la eternidad tronante del Sinaí. Podemos fechar, con notable aproximación, las pavorosas nubes y tempestad de rayos con YHWH condesciende a Moisés en las desoladas alturas del monte Horeb. Podemos precisar con mayor plausibilidad la audaz reconstrucción histórica de Freud, sucesivamente iluminada por los resplandores apocalípticos de la Primera y la Segunda Guerra Mundial. «Vivimos en una época harto extraña. Comprobamos, asombrados, que el progreso ha concluido un pacto con la barbarie». Sigmund Freud escribe en 1938, entre Viena y Londres, los sucesivos prefacios a su «Moisés». En Rusia, la esperanza revolucionaria de los orígenes deviene organizada aniquilación del pensamiento libre; en Alemania, con la emergencia del III Reich «comprobamos que también se puede caer en la barbarie casi prehistórica sin invocar por ello ninguna idea de progreso». Para poder publicar su originario y secreto manuscrito, para salvar su propia existencia y pasión de conocimiento, el doctor vienés huye a Londres. También Elías Canetti, un sefardita centro-europeo que anda pensando ya, obsesivamente, «Masa y Poder»: esa trágica ecuación que mueve y arrastra su Historia occidental, la de todo el planeta. La guerra civil arde en España, se hace tenebrosa inminencia sobre todo el viejo continente. Londres es el último refugio europeo para la inteligencia libre, para la libre memoria de Israel, escapando otra vez a su exterminio.

En abril de 1938, Orwell consigue publicar «Homenaje a Cataluña» —se recupera todavía del balazo en el cuello (frente de Aragón) con el que volvió a Londres. En junio, Freud ultima la publicación de «Moisés, su pueblo y la religión monoteísta». «En tiempos más tenebrosos ya hubo alguna vez alguien que pensó como tú.» «Las conquistas de la dinastía XVIII han hecho de Egipto un imperio mundial... El éxodo de Egipto correspondería a la época entre 1358 y 1350; es decir, después de la muerte de Iknahton y antes de que la autoridad estatal fuese restablecida por Horemheb» (Freud). La arqueología de

nuestros días fija la muerte de Akenaton en torno al 1350 antes de Cristo, la entronización de Haremheb, hacia el 1340. En el 1286 tiene lugar la batalla imperial de Kadesh: Ramses II enfrenta el imperio ecuestre de Muwtalis y Hattusas. Desde su penúltima fundación —Hattusilis I, 1650 antes de Cristo— la gloria de la capital de Hatti viene arrasando periódicamente las lejanas fronteras de Egipto. Con los primeros «hicsos» que se asoman al Nilo, los primeros «habiru»: Abraham compra su tumba a un hitita. Siglo tras siglo, las sucesivas oleadas hititas se rompen sobre la mágica eternidad territorial de Faraón, sucesivamente acorralado sobre el desierto oriental inmediato al Nilo. Kadesh, antes que una victoria egipcia, fue una suerte de Yalta impuesta por esos primeros indoeuropeos al divino imperio Horus/Osiris/Ramsés.

Con la información que disponemos no precisamos postular un doble Moisés: el funcionario egipcio contemporáneo de Akenaton y el poseído transcriptor del Decálogo. La irrupción del carisma, acelerando la Historia, acelera la fugitiva estampida/invencción de Israel. Madian está próximo al oasis de Kadesh. Hace mucho tiempo que en Madian se sabe la muerte de Akenaton, la restauración de Amon/Horus/Ra, las temibles incursiones hititas que amenazan la omnipotencia de Faraón, las siete plagas sobre la tierra de Ta'tjenen. En una u otra forma esa es la apocalíptica memoria y actualidad que subyace a la invención mosaica de Israel, congregando en la falda del monte Horeb/Sinaí. «Moisés hablaba y Adonai (Aton) le respondía con el trueno». Frente al terror del Impronunciable, tempestuosa nube allá en lo Alto, Moisés salva el pánico miedo de Israel, de bruceces ante el cósmico espanto YHWH. La eternidad de esa hierofanía pudo tener lugar entre el 1300 y el 1250 antes de Cristo. J. Hawques (1976) prefiere esta última fecha; L. Woolley (1961) se inclina por el 1269. Desde entonces hasta aquí, el que Es, Fue y Será, mantiene en fervor y gloria las encontradas gentes de esa desértica península y pavorosa montaña, custodiando la historia sagrada de tres continentes, su inmediata actualidad planetaria.

Leviatán desnudo

En Londres, 1946, la *intelligentzia* occidental sobrevive al apocalipsis. Sobre el silencio de Dios (Bonhöfer), la omnipresencia de la bomba. «Todo el terror ante un poder sobrenatural, un poder que irrumpe vengador y destructivo sobre los hombres, está contenido en la imagen de la “bomba”» (Canetti). Desde ese mismo tiempo y escenario en el que Orwell anda inventando «1984» nos llega una inquietante observación de Wittgensteien. «La angustia que ahora tiene el público ante la bomba atómica, o que así se expresa, es casi una señal de que por una vez se ha hecho un descubrimiento curativo. Cuando menos, el miedo da la impresión de una medicina amarga verdaderamente eficaz. No puedo librarme del pensamiento: si no tuviéramos aquí algo bueno, no armarían tanto escándalo los “filisteos”. Pero se trata quizá de un pensamiento infantil. Pues todo lo que puede decir es sólo que la bomba saca a relucir el fin, la destrucción, una terrible maldad de una ciencia repugnante, jabonosa. Y esto es, desde luego, un pensamiento desagradable; ¿quién puede decir lo que seguiría a tal destrucción? La gente que habla ahora en contra de la producción de la bomba, es evidentemente las “heces” de la inteligencia, pero tampoco prueba esto incondicionalmente que deba alabarse aquello que aborrecen».

Asistimos ahora al cumplimiento definitivo en España del viejo programa de la modernidad occidental, planetariamente custodiado por el esquizoide Imperio USA/URSS. Su estereofónica y omnipresente actualidad, rígidamente asegurada por la administración telepánica del terror nuclear, acaso repite, con su trepidante agobio, el arquetipo multiseccular del Bajo Imperio. Como Roma y Bizancio en aquel tiempo, Washington y Moscú encarnan en el nuestro las dos mitades, «occidental» y «oriental», del Imperio

Uno. Sino que las dos mitades actuales no tienen otro peligro bárbaro exterior que su peculiar barbarie interna, tecnocráticamente regimentada bajo una u otra figura —«liberal» versus «popular»— de democracia industrial de masas.

Tiempo nublado, lunática primavera. Los árboles de Madrid son más verdes que nunca. El calor no acaba de llegar. Buen tiempo para pensar en plantar de alegres mardroñales el discretísimo monumento a la Constitución. Desde 1948 hasta 1984 —desde el tiempo de Orwell hasta nuestros días— la sucesiva domesticación civil de los occidentales fue también historia objetiva de este viejo reino y de su alcanzada democracia. Con las nuevas costumbres de libertad, las nuevas figuras del miedo, «La muerte como amenaza es la moneda del poder. Es fácil colocar aquí moneda sobre moneda y acumular enormes capitales. Quien quiera reducir el poder debe mirar la orden de hito en hito, sin temor, y encontrar los medios para despojarla de su agujón» (Canetti).

MINISTERIO DE CULTURA

Dirección General de Juventud



**Número especial
dedicado a:
Juventud,
crisis económica,
y empleo.**



**Revista de información
juvenil (quincenal):
Educación, trabajo,
cultura, tiempo libre,
concursos, etcétera.**



**Temas de Juventud:
Colección de
monografías
sobre temáticas
de juventud:**

**CENTRO NACIONAL DE INFORMACION Y DOCUMENTACION
C/. Marqués de Riscal, 16 - 28010-MADRID. Teléfono 419 76 00**